

Michael Lawton

Enodia

19.09 - 31.10.2024

A oscuras

No era la primera vez que había visto obras suyas, pero aquel día tuvo que regresar sobre sus pasos para comprobar si lo que acababa de ver lo había visto antes o lo había soñado. Dice que al regresar todo lo que encontraba en su camino se le aparecía de nuevo, pero visto desde otra perspectiva. Quizás sí lo había visto antes pero ahora, a diferencia de la primera vez, lo estaba haciendo en el sentido de las agujas de un reloj, es decir, de izquierda a derecha.

No sé ustedes pero él dice que, a menos que le obliguen a hacerlo de otro modo, suele ver las exposiciones empezando por la derecha. Siempre. No puede negar que, aunque para otros menesteres siempre prefiere la izquierda y lo impar —quizás por cuanto tiene de extraño en el quehacer de un diestro—, empezar a ver una exposición por la derecha le resulta más cómodo. Lo siente como algo más natural.

Dice que ver una exposición siguiendo el sentido de las agujas de un reloj es como si el tiempo se echara encima. Dice que es como si te apremiaran porque, de lo contrario, pronto se haría de noche y, entonces, difícilmente podrías seguir haciendo lo que te mantenía ocupado, por ejemplo, ver una exposición.

Son pocas las exposiciones que se pueden ver de noche. O, para ser más precisos, las exposiciones que han sido pensadas para ser vistas de noche. Si es así, él nunca ha visto ninguna. Sí, en cambio, exposiciones a la luz de unas bombillas, en especial, los días de invierno pasadas las seis de la tarde, cuando ya ha oscurecido y la noche se empieza a palpar. No, cuando él habla de ver exposiciones de noche no se refiere a hacerlo con luz artificial sino a oscuras, es decir, sin luz, cuando parece que no se puede ver nada. Aunque todos sabemos que esto no es así. Porque de noche también se pueden ver cosas. Si no, ¿que se lo pregunten a Arnold Böcklin (Basilea, 1827 - Fiesole, 1901), el pintor de los paisajes crepusculares, el artista de la isla de los muertos, el alma de los cipreses elegíacos!

Pero volvamos hacia atrás, ¿qué pasa cuando ves una exposición en el sentido opuesto al de las agujas de un reloj? Pues que las formas que salen al paso del espectador —lo que te permite leer lo que estás viendo— aparecen de otro modo. Es decir, en la dirección en que lees, escribes u observas un paisaje, es decir, de izquierda a derecha. El modo como nos enseñaron a hacerlo.

De izquierda a derecha navega la barca de Caronte transportando un alma moribunda hacia un cementerio poblado de cipreses, muy similar al de los cementerios venecianos. ¿Pretendía algo Böcklin haciendo que su embarcación se dirigiera hacia el lugar de los muertos en el mismo sentido que el de su escritura?¹ ¿Sabía Böcklin que, a Caronte, le acompañaba Enodia con sus cantos por el camino hacia la sepultura? ¿Estaba Böcklin al corriente de la relación de aquella diosa con el mundo de los muertos o de su tarea como guardiana de las entradas y vías principales de las ciudades, casas, santuarios y cementerios? ¿Acaso sabía Böcklin que Enodia daría la bienvenida a Caronte?

¹ Arnold Böcklin era diestro, no zurdo. Así lo revela su Autorretrato con la muerte tocando el violín, un óleo de 1872 protagonizado por el artista sosteniendo un pincel en su mano derecha y la muerte a sus espaldas tocando un violín de una sola cuerda, la nota más baja. Böcklin, en este cuadro, está en lo suyo, que es pintar..

De izquierda a derecha, de noche y a oscuras, pero también de pintar y pintura, escribir y escritura y de sugerir con palabras e imágenes surgidas de un mismo espacio geográfico² —cualquiera diría que son las mismas, pero no, en absoluto— es de lo que va el viaje que le explicó M cuando fue a su taller para ver la obra que configura esta exposición. La que ahora están viendo. En el transcurso de aquel encuentro —que tuvo lugar el 28 de mayo y que, cuando él llegó, B ya estaba allí y, junto a M, le estaban esperando— los tres empezaron a hablar hasta abordar lo que tenían frente a sus ojos:

— Cerca de una decena de cuadros, de formato y color variados, repitiendo una serie de elementos que, al observar con atención, veías que no eran iguales porque entre ellos había diferencias. Era lo que, en cierta medida, sospechaba que volvería a ver;

— Y una serie de obras nuevas constituida por ocho cuadros que si M no había concebido como tal —es decir, como una serie— a él se lo pareció porque todas tenían el mismo formato³, se titulaban igual (salvo el número posterior al nombre)⁴, habían sido realizadas con la misma técnica⁵, en todas aparecía una imagen similar⁶ y, en conjunto, compartían un color que, aunque a simple vista podía parecer negro, era oscuro y con matices azulados, marrones, verdes... pequeñas diferencias, casi imperceptibles, de un grupo de imágenes con trasfondo cinematográfico. Pensó. Como fotogramas de un recorrido nocturno. Es decir, realizado de noche, a oscuras. Sin luz.

Dice que al finalizar aquella visita se despidió de M y B y que, durante el trayecto de regreso, no consiguió borrar de su cabeza el recuerdo de aquellas imágenes que todas, absolutamente todas, terminaban en un mismo lugar: allí donde habitan unos cipreses, de noche. Dice que también recordaba las de color y que la dirección del camino que tomó de regreso era, ¡cómo no!, de izquierda a derecha. Al llegar a su destino, escribió hasta terminar lo que tienen entre manos, siempre siguiendo esta misma dirección.

Luego dijo que no escribió nada. Y que todo estaba en lo que había visto.

Frederic Montornés

Julio 2024

2 En un espacio liminar entre lo visual y un relato literario.

3 55 x 46 cm.

4 Enodía (I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII).

5 Óleo sobre tabla.

6 La vista de un camino en dirección izquierda/derecha terminando en un lugar poblado de cipreses, quién sabe si elegíacos.

Michael Lawton

Enodia

19.09 - 31.10.2024

Los cipreses se conservaban

Los cipreses se conservaban y, puesto que no todo se había mantenido igual, puesto que las cosas eran definitivamente diferentes en relación con el mundo de sus padres —el mundo donde se había imaginado siendo un adulto—, a menudo se sorprendía de que tantos árboles hubieran sobrevivido a lo sucedido y de que esto le hiciera tan feliz.

Los cipreses se alineaban en la larga cuesta que subía hasta el cementerio. La longitud y la inclinación hacían que buscara mil maneras de distraer a su hijo, para no tener que levantarlo y acabar llevándolo a costas, como de costumbre. Lo mismo había sucedido con su hija cuando era más pequeña y le acompañaba en ese viaje, de visita a la tumba de su suegro.

Al ver una lavandera revolotear entre la maquia, se giró hacia el niño para que tal vez él se la señalara. Miró a su hijo, que iba diez metros tras él, andando a zancadas de vaquero, estudiando el detrito que se amontonaban bajo sus pies, esperando encontrar un tesoro. No dijo nada, no quería apresurarlo ni que se diera cuenta de la ascensión —al fin y al cabo, no tenían prisa. En su lugar, miró más allá de su hijo, abajo hacia la ciudad, la lamida de la carretera orbital que había tomado el autobús, dirigiendo los ojos de nuevo a la ciudad y más allá de esta, hacia las colinas que había al otro lado.

Girándose de frente, miró al cielo, más vasto y claro en las colinas donde había los cementerios, y fue echando el cuello atrás y más atrás. El cielo era de un bonito azul lechoso, con la luna flotando delante, fantasmal pero omnisciente. Cerró los ojos, escuchó el siseo de otro autobús que se paraba, el suave murmullo de los insectos tras el áspero runrún del tráfico.

Pensó qué sabía acerca del hombre cuya tumba iban a visitar. Una tumba que había visitado varias veces, pero un hombre a quien nunca había conocido —y quien, como muchos, había perdido la vida en lo que simplemente llamábamos “el cambio”.

Sabía que este hombre aplanaba sus sándwiches con la hoja del cuchillo antes de comérselos, argumentando sencillamente que sabían mejor si lo hacía. Y, más que nada, sabía que coleccionaba latas. De hecho, su mujer se lo había contado una de las primeras veces que se habían visto: «¿Qué haces con las cosas de alguien cuando muere? Con las cosas que ha coleccionado», le preguntó; «con algo que significaba mucho para alguien, pero que es poco más que un objeto para los demás, si no fuera porque parece que contenga algo del fallecido».

Pensó que tal vez ya habían funcionado así para su suegro. Que tal vez era eso lo que veía en ellas: una conexión con las generaciones previas, un hilo del que podía tirar para llevarnos al pasado. El hombre guardaba también un puñado de fotografías en blanco y negro que su mujer le había contado que revolvía de vez en cuando; algunas eran de parientes lejanos, otras solamente del mundo en negro, blanco y grises: «Quiero acordarme de que así es como solíamos ver las cosas», decía cuando alguien cuestionaba su costumbre.

No sabía dónde estaban estas fotos, pero lo sabía todo sobre las latas. Su mujer y su suegra habían decidido dejar una lata en su tumba todos los meses, conscientes de que esas cajas de latón iban a desaparecer.

Según parece, había 120 latas, lo que significaba dejar una lata al mes durante diez años. Madre e hija estaban a medio proceso, cuando su mujer le pidió si podía empezar a dejar algunas él.

Estaba en una mochila grande y raída que llevaba colgando de un hombro. Además de la lata que su mujer le había pedido que dejase en la tumba, contenía un surtido de cosas que había creído que necesitaría para el viaje, sobre todo debido a la edad de su hijo, más algunas velas para colocar en la tumba.

La mochila no pegaba mucho con su ropa: un traje azul oscuro, una camisa blanca abierta de pecho. Tenía calor, pero no como para estar incómodo, aunque sentía el sudor bajo la mochila.

«Lo hago por mamá, ¿eh? No por mí», había dicho ella. No sabía si creerlo, pero no importaba: él lo hacía por sí mismo además de por ellas, pensó, tal vez como un modo de dar sentido a “el cambio”.

Y ahora, con frecuencia era él quien acababa por hacerlo. Su turno en la recepción de un hospital terminaba lo suficientemente pronto como para recoger a su hijo de la guardería, como antes había hecho con su hija, y con el niño ir al cementerio, donde dejaban una lata y una vela. Ahora su hija estaría en clase de natación, pensó distraído, así que iba con el chico.

Sabía que la lata que había dejado la última vez ya no estaría, y se preguntaba si siempre se las llevaba la misma persona. Nunca había visto a los chatarreros que veía por la ciudad allí arriba, y no sabía si el decoro les impediría llevarse cosas metálicas de los sepulcros.

Su hija había sugerido que se las llevaba la diosa Enodia.

«Una vez la encontré», había dicho, su carita de seis años sonriendo, pero no de un modo que le permitiese discernir si bromeaba.

«Me habló, me dijo: “Estaré en la carretera, sobre los portales. En ese espacio entre un momento y el siguiente».

-

La ofrenda de hoy era una lata vieja de tabaco, un souvenir de otra ciudad probablemente, pero de tan rallada era como si el esmog hubiera colmado la ciudad, dejando solo visibles unas agujas y la ciudad inidentificable.

Se dio cuenta de que las cosas que su suegro había considerado parte del mundo habían sido las mismas a lo largo de toda su vida; de que el mundo se había ido ampliando, pero no así sus gustos, y por qué debían hacerlo. Quizás llega un momento en el que nadie cambia los suyos. Tus puntos de referencia son tus puntos de referencia, tus coordenadas. Cómo sitúas lo que ves. Después de todo, tu mundo propio es ese en el que vives.

Empezó a sentir que le pesaba la cabeza en esa posición, abrió los ojos y miró a su hijo; sonrió al ver que el niño imitaba su postura, mirando hacia arriba lo que fuera que hubiese más allá del cielo. Esperó a que el niño preguntara: «¿El abuelo está allí arriba?»; pero no lo hizo. En lugar de esto, se giró hacia él con los brazos abiertos en un gesto de «aúpame».

Sonriendo, rehizo el camino hasta el niño y le acogió con los brazos en cuchara para que no le resbalase la mochila. Padre e hijo siguieron su camino hacia el cementerio, llevándose el uno al otro.

Michael Lawton

Michael Lawton

Enodia

19.09 - 31.10.2024

A les fosques

No era la primera vegada que veia obres seves, però aquell dia va haver de refer els seus passos per comprovar si el que acabava de veure ho havia vist abans o ho havia somiat. Diu que en tornar-hi tot el que es trobava pel camí se li apareixia de nou, però vist des d'una altra perspectiva. Potser sí que ho havia vist abans però ara, a diferència de la primera vegada, feia el recorregut en el sentit de les agulles d'un rellotge, és a dir, d'esquerra a dreta.

No sé vosaltres però ell diu que, llevat que l'obliguin a fer-ho d'una altra manera, sol veure les exposicions començant per la dreta. Sempre. No pot negar que, tot i que per a altres qüestions sempre s'estima més l'esquerra i tot el que és imparell —potser per la raresa que suposa en l'univers d'un dretà—, començar a veure una exposició per la dreta li era més còmode. Ho sent com l'opció més natural.

Diu que veure una exposició seguint el sentit de les agulles d'un rellotge és com si el temps es tirés a sobre. Diu que és com si t'apressessin perquè, si no, ben aviat es faria de nit i, aleshores, difícilment podries continuar fent el que t'ocupava, és a dir, veure una exposició.

Són poques les exposicions que es poden veure de nit. O, per ser més precisos, les exposicions que han estat pensades per ser vistes de nit. Si n'hi ha, ell no n'ha vist mai cap. Sí, en canvi, exposicions a la llum de les bombetes, en especial, els dies d'hivern passades les sis de la tarda, quan ja s'ha fet fosc i la nit es comença a palpar. No, quan ell parla de veure exposicions de nit no es refereix a fer-ho amb llum artificial sinó a les fosques, és a dir, sense llum, quan sembla que no es pot veure res. Malgrat que tots sabem que no és així. Perquè de nit també es poden veure coses. Si no, que li preguntin a Arnold Böcklin (Basilea, 1827 - Fiesole, 1901), el pintor dels paisatges crepusculars, l'artista de l'illa dels morts, l'ànima dels xiprers elegíacs!

Però tornem enrere, què passa quan mires una exposició en el sentit contrari a les agulles d'un rellotge? Doncs que les formes que surten al pas de l'espectador —el que et permet veure el que estàs veient— apareixen d'una altra manera. És a dir, en la direcció en què llegeixes, escrius o observes un paisatge, és a dir, d'esquerra a dreta. La manera com ens ensenyen a fer-ho.

D'esquerra a dreta navega la barca de Caront transportant una ànima moribunda cap un cementiri replet de xiprers, molt semblant als cementiris venecians. Pretenia alguna cosa Böcklin dirigint l'embarcació cap al lloc dels morts en el mateix sentit que l'escriptura?¹ Sabia Böcklin que, a Caront, l'acompanyava Enodia amb els seus cants de camí a la sepultura? Estava al corrent Böcklin de la relació d'aquella deessa amb el món dels morts o de la seva feina com a guardiana de les entrades i vies principals de les ciutats, cases, santuaris i cementiris? Estava assabentat Böcklin que Enodia donaria la benvinguda a Caront?

¹ Arnold Böcklin era dretà, no esquerrà. Així ho revela el seu Autoretrat amb la mort tocant el violí, un oli de 1872 protagonitzat per l'artista subjectant un pinzell amb la mà dreta i amb la mort a la seva esquena tocant un violí d'una sola corda, la nota més baixa. Böcklin, en aquest quadre, està al seu element, que és pintar.

D'esquerra a dreta, de nit i a les fosques, però també de pintar i pintura, escriure i escriptura i de suggerir amb paraules i imatges sorgides d'un mateix espai geogràfic² —qualsevol diria que són les mateixes, però no, en absolut— d'això va el viatge que li va explicar M quan va anar al seu taller per veure l'obra que configura aquesta exposició. La que esteu veient ara. En el decurs d'aquella trobada —que va tenir lloc el 28 de maig i que, quan va arribar-hi ell, B ja hi era i, juntament amb M, l'estaven esperant— tots tres van començar a parlar fins a ocupar-se del que tenien davant dels ulls:

— Prop d'una desena de quadres, de format i color variats, repetint una sèrie d'elements que, observats amb atenció, veies que no eren iguals perquè tenien diferències. Era el que, en certa manera, sospitava que tornaria a veure;

— I una sèrie d'obres noves formada per vuit quadres que si M no havia concebut com a tal —és a dir, com una sèrie— a ell li ho va semblar perquè totes tenien el mateix format,³ es titulaven igual (tret del número posterior al nom),⁴ havien estat fetes amb la mateixa tècnica,⁵ en totes hi apareixia una imatge similar⁶ i, en conjunt, compartien un color que, malgrat que a simple vista podia semblar negre, era fosc i amb matisos blavosos, marrons, verds... petites diferències, gairebé imperceptibles, d'un grup d'imatges amb rerefons cinematogràfic. Va pensar. Com fotogrames d'un recorregut nocturn. És a dir, fet de nit, a les fosques. Sense llum.

Diu que quan es va acabar aquella visita es va acomiadar d'M i B i que, durant el trajecte de tornada, no va aconseguir treure's del cap el record d'aquelles imatges que totes, absolutament totes, acabaven en un mateix lloc: allà on habiten uns xiprers, de nit. Diu que també recordava les de color i que la direcció del camí que va agafar de tornada era, com no podia ser d'altra manera, d'esquerra a dreta. En arribar a la seva destinació, va escriure fins a enllestir el que teniu a les mans, sempre seguint aquesta mateixa direcció.

Aleshores va dir que no havia escrit res. I que tot estava en el que havia vist.

Frederic Montornés

Juliol de 2024

² En un espai liminar entre allò visual i un relat literari.

³ 55 x 46 cm.

⁴ Enodía (I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII).

⁵ Oli sobre taula.

⁶ La vista d'un camí en direcció esquerra/dreta que acaba en un lloc replet de xiprers, qui sap si elegíacs.

Michael Lawton

Enodia

19.09 - 31.10.2024

Els xiprers encara hi eren

Els xiprers encara hi eren i, com que no s'havia pas mantingut tot, com que les coses eren definitivament diferents respecte del món dels seus pares —en el qual s'havia imaginat d'adult—, més d'un cop es trobava rumiant com n'era de sorprenent que tants arbres haguessin sobreviscut els fets i que feliç que el feia.

Els xiprers s'arregleraven al camí llarg i costerut del cementiri. Que fos llarg i dret volia dir que havia de trobar maneres de distreure el seu fill, per no haver-se'l d'enfilat a collibè i portar-lo, cosa que feia ben sovint. Amb la filla ja havia anat així quan era més petita i l'acompanyava en la mateixa excursió per a visitar la tomba del seu sogre.

Quan va veure una cuereta que creuava ràpidament la màquia, es va girar vers el fill per si ell l'hi assenyalava. Es va mirar el nen, que caminava deu metres enrere amb gambada ampla de vaquer i anava escodrinyant la brossa de sota els peus, esperant descobrir-hi un tresor. No va dir res —no el volia apressar ni fer que s'adonés de la pujada, no frisaven; en comptes d'això, va mirar més enllà del nen, enrere i avall vers la ciutat, la llepada de la carretera orbital per on passava l'autobús, i va dirigir els ulls de nou a la ciutat i més enllà vers els turons que hi havia a l'altra banda.

Es va tornar a girar endavant i va mirar el cel, més ample i clar als turons dels cementiris, tot doblegant el coll ben enrere. El cel era d'un blau lletós molt bonic, amb la lluna que surava al davant, fantasmal però omniscient. Va tancar els ulls, va sentir el xerric d'un altre bus aturant-se, el murmuri suau dels insectes per darrere del brum aspre del trànsit.

Va rumiar què en sabia de l'home del qual anaven a visitar el sepulcre. El sepulcre l'havia visitat molts cops, però l'home no l'havia conegut, i era un de tants que havien perdut la vida durant el que simplement anomenaven "el canvi".

Sabia que era un home que aplanava els sandvitxos amb el ganivet pla abans de menjar-se'ls, i simplement argumentava que així eren més bons. Però més que res, sabia que col·leccionava caps de llauna. De fet, la seva dona li ho havia explicat un dels primers cops que s'havien vist: «Què se n'ha de fer dels trastos d'algú quan es mor? De les coses que col·leccionava», li havia demanat. «De coses que per a tal persona eren molt valuoses, però que no serien gaire més que objectes per als altres, si no fos que sembla que continguin una part del traspasat».

A ell li feia l'efecte que potser per al seu sogre ja havien funcionat així. Que potser hi trobava això precisament: una connexió amb les generacions anteriors, un fil que podia tibar per dur-nos al passat. L'home també guardava un grapat de fotos en blanc i negre que, segons la dona, remenava de tant en tant; unes eren fotos de parents de lluny, i d'altres eren del món en blanc i negre i grisos. «Me'n vull recordar que abans vèiem les coses d'aquesta manera», deia ell, quan algú li qüestionava l'afició.

No sabia pas on eren, les fotos, però ho sabia tot de les caps de llauna. La dona i la sogra havien decidit que deixarien una capsa vora el nínxol cada mes, conscients que les caps de llauna anirien desapareixent.

Pel que sembla, hi havia cent vint capses, la qual cosa implicava deixar-n'hi una al mes durant deu anys. Quan mare i filla van ser a mig procés, la seva dona li va demanar si podia encarregar-se'n ell, d'anar-les-hi a deixar.

La portava en una motxilla grossa i pollosa penjada d'una espatlla. A més de la capsa que la dona li havia encomanat de deixar al sepulcre, hi duia les coses que li havia semblat que necessitaria per a l'excursió, moltes perquè el seu fill encara era petit i també unes quantes espelmes per al nínxol.

La motxilla no lligava amb la roba que duia —vestit blau fosc, camisa blanca espitrada. Tenia calor sense acabar d'estar incòmode, però es notava la suor sota la motxilla.

«Ho faig per la mare, eh? No ho faig per mi», li havia dit ella. No n'estava convençut, però li era igual —ell ho feia tant per si mateix com per elles, creia, com una manera de donar sentit a "el canvi", potser.

I ara que li tocava prou sovint, el seu torn com a recepcionista de l'hospital acabava prou d'hora per a tenir temps de passar a buscar el nen a l'escoleta, tal com havia fet amb la filla, i enfilat cap al cementiri i deixar-hi una capsa de llauna i encendre-hi una espelma. Va pensar distret que la nena devia ser a natació, i que per això ara hi anava amb el nen.

Sabia que l'última llauna que havia deixat ja no hi seria, i cavil·lava si se les devia emportar sempre la mateixa persona. Allà dalt, mai no hi havia vist els ferrovellers que veia a ciutat, i no sabia si per decòrum no s'enduïen metalls dels nínxols.

La seva filla havia suggerit que potser se les emportava la deessa Enodia.

«Un cop me la vaig trobar», li havia dit, amb la carona de sis anys que somreia, però sense deixar discernir si feia broma.

«Em va parlar, va dir: 'Em trobaràs a la carretera, damunt dels portals. En aquell espai entre un moment i l'altre'».

-

L'ofrena d'avui era una llauna de tabac vella, un souvenir d'una altra ciutat diria, però tan retxada com si el boirum hagués omplert la ciutat, deixant només visibles tot d'agulles i la ciutat inidentificable.

Es va adonar que les coses que el sogre havia considerat part del seu món havien sigut les mateixes tota la vida, perquè el món havia anat canviant però no pas els seus gustos, i per què ho haurien d'haver fet. Pot ser que, a partir d'un moment donat, ningú no canviï. Els teus punts de referència són la teva referència, les coordenades. La manera com situes allò que veus. El teu món propi és el que habites, al capdavant.

Va començar a notar que el cap li pesava d'estar en aquella posició i va obrir els ulls i es va mirar el fill, i va somriure d'adonar-se que el nen l'estava imitant i mirava amunt i cel enllà. Va esperar que el nen li demanés: «Que és allà dalt, l'avi?», però no ho va fer. En comptes d'això, es va girar vers ell amb els braços oberts en un gest de «agafa'm a coll».

Somrient, ell va caminar fins al nen i el va agafar, fent cullereta amb els colzes cap a fora perquè no li caigués la motxilla. Pare i fill van continuar enfilant el camí del cementiri, portant-se l'un a l'altre.

Michael Lawton

Enodia

19.09 - 31.10.2024

In the Dark

It was not the first time he had seen M's work, but that day he had to retrace his steps to ascertain whether what he had just seen was something he had seen before or if he had merely dreamt it. He says that on his return everything he came across appeared to him again, but seen from a different perspective. Perhaps he had seen it before, but now, unlike the first time, he was seeing it clockwise, that is to say, from left to right.

I don't know about you, but he says that unless he is forced to do otherwise, he usually views exhibitions starting from the right. Always. He cannot deny that, although in other spheres of activity he always prefers the left and the odd one out – perhaps because of the strange nature of the behaviour of a right-hander – he finds it easier to begin visiting an exhibition from the right. It feels more natural to him.

He says that viewing an exhibition clockwise makes him feel as if time is running out. It is as if you were being hurried along, he claims, because otherwise it will soon become dark and it will be difficult for you to continue doing what is occupying you, for example, viewing an exhibition.

There are few exhibitions that can be seen at night. Or, to be more precise, exhibitions designed to be viewed at night. In any case, he has never seen any. He has, however, seen exhibitions by the light of a few lamps, particularly on winter evenings after six o'clock, when it is getting dark and night is setting in. No, when he speaks of seeing exhibitions at night, he does not mean by artificial light, but actually in the dark, that is to say, without light, when it appears impossible to see anything. But we all know that this is not the case. Because you can see things at night, too. Just ask Arnold Böcklin (Basel, 1827 - Fiesole, 1901), the painter of twilight landscapes, the artist of the island of the dead, the soul of elegiac cypresses!

But let's go back. What happens when you see an exhibition anti-clockwise? Well, the forms that the spectator comes across – which enable you to interpret what you see – appear in a different way. That is, they appear in the sense in which you read, write or observe a landscape, that is to say, from left to right. The way we are taught to do it.

Charon's boat sails from left to right carrying a dying soul to a cypress-lined cemetery, similar to those that one sees in Venice. Was Böcklin attempting to say something when he made his boat head towards the place of the dead in the same direction as his writing?¹ Did Böcklin know that Charon was accompanied by Enodia with her songs on the way to the place of burial? Was Böcklin aware of the relation of this goddess to the world of the dead, or that she watched over entrances and roads in cities and outside houses, shrines and cemeteries? Did Böcklin know that Enodia would welcome Charon?

¹ Arnold Böcklin was right-handed, not left-handed. He reveals this in his Self-portrait with Death Playing the Fiddle, an oil painting dated 1872 in which the artist holds a paintbrush in his right hand while Death is behind him playing a one-string fiddle, which produces the lowest note. In this painting, we see Böcklin doing what he most loved: painting.

From left to right, at night and in the dark, but also painting and paint, writing and text, and suggesting with words and images arising from the same geographical space.² Anyone would say they are the same thing, but they are not, at all. It is what the journey is that M told him about when he went to his studio to see the works that form this exhibition. The works that you now see before you. Over the course of that meeting, which took place on May 28 and where, when he arrived, B was already there with M, they were waiting for him. And the three began to talk about what they saw before them, which was:

- nearly a dozen paintings, in various formats and colours, repeating a series of elements which, if you looked at them carefully, you could see were not identical, because there were differences between them. This was what, in a way, he suspected he would see once more;

- and a series of new works comprising eight paintings which, although M had not conceived them as such, that is to say, a series, seemed to him to be so because they all had the same format,³ they all had the same title (except for the number after the title),⁴ they had all been made with the same technique,⁵ a similar image appeared in all of them⁶ and, as a whole, they shared a colour which, although at first sight it might seem black, was in fact dark with bluish, brownish, greenish tones... small, almost imperceptible differences, among a group of images with cinematographic undertones. He thought. Like stills from a night excursion. That is, taken at night, in the dark. Without light.

He says that at the end of that visit he said goodbye to M and B and that, on the way back, he could not erase from his mind the memory of those images which all, absolutely all, ended in the same place: the place inhabited by some cypress trees, at night. He says that he also remembered the coloured images and that the direction he took on the journey back was, of course, from left to right. When he arrived at his destination, he wrote until he had finished the work in hand, always following that same direction.

Then he said that he had not written anything at all. And that everything was in what he had seen.

Frederic Montornés
July 2024

2 In a liminal space between the visual and a literary narrative.

3 55 x 46 cm.

4 Enodia (I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII).

5 Oil on wood.

6 The view of a road in a left/right direction ending in a place populated by cypresses, who knows if elegiac.

Michael Lawton

Enodia

19.09 - 31.10.2024

The cypresses maintained

The cypresses maintained, and because not everything did, because things were definitely different from the world of his parents; from the one he had imagined being an adult in, he found himself more than once thinking it was surprising that so many trees had survived what happened, and how happy that made him.

The cypresses lined the long steep walk to the cemetery. The length and incline meant he would look for ways to distract his son so he wouldn't have to pick him up and end up carrying him, as he so often did. It had been the same with his daughter when she was younger, accompanying him on this same journey, to visit the grave of his father-in-law.

Seeing a wagtail flit between the macchia shrubland he turned toward the boy so he might point it out to him. He watched his son, 10 metres behind him, walking a cowboy's wide legged walk, studying whatever detritus was collected beneath him, hoping to spot some treasure. He didn't say anything, he didn't want to hurry him or make him aware of their climb, they were in no rush after all, instead he looked past his son, back down toward the city, the lick of the orbital road that the bus taken, leading his eyes back to the city and beyond that to the hills on the other side of it.

Turning forward he looked at the sky, vaster and clearer in the hills where the cemeteries were, he craned his neck further and further back. The sky was a beautiful milky blue, the moon floating in front, ghostly but omniscient. He closed his eyes, he heard the hiss of another bus stopping, the soft hum of insects behind the rough burr of traffic.

He thought about what he knew about the man whose grave they were going to visit. A grave he had visited numerous times but a man he had never met, who like so many had lost his life in what was simply referred to as "the change".

He knew that this man would flatten his sandwiches with the side of his knife before eating them, simply claiming that they tasted better that way. But more than anything else, he knew that he used to collect tin boxes. His wife had actually told him about it one of the first times they'd met; "What do you do with someone's stuff after they've died? Things they've collected" She'd asked him, "something that meant so much to one person but little as objects to others, other than that they seemed to contain something of the departed within them."

He thought that perhaps they had functioned in the same way to his father-in-law. Perhaps that was what he saw in them, a connection to previous generations, a thread we could pull on to lead us back into the past, the man had also had a handful of black and white photographs that his wife had told him he would shuffle through every now and then, some of distant relatives, some just of the world in black, white and greys, "I want to remember that we used to see things like this," he would say when questioned on his habit.

He didn't know where these photographs were but he knew all about the tins. His wife and mother in law had decided to leave a tin at the graveside every month, knowing full well these tins would disappear.

Apparently there had been 120 tins, which meant leaving a tin a month for ten years. The two women were halfway through this process when his wife asked him if he could start dropping some off.

It was in the large and scruffy rucksack that he was carrying off one shoulder. As well as the tin his wife had asked he leave on the grave, it contained all the things he thought he might have needed for the journey , many because of the age of his son, plus some candles also for the graveside.

The bag looked a little incongruous against his clothes; a dark blue suit, a white shirt open at the neck. He was warm, not uncomfortably so, but he could feel the sweat under the rucksack.

“I’m doing it for my mum eh? Not for me,” she told him. He wasn’t sure he believed it, but it didn’t matter, he was doing it for himself, as well as them, he thought, as a way of making sense of “the change”, perhaps.

And now he often ended up doing it, his shift on reception in a hospital ended early enough that he was able to pick his son up from nursery, as he had done previously with his daughter, and accompanied by a child he’d go to the cemetery, leave a tin and light a candle. His daughter would be in swimming class now he thought absentmindedly, and he went with the boy instead.

He knew that the tin he had left last time would have gone. wondering if it was the same person who took them. He’d never seen the scrap metal collectors that he saw in the rest of city up here, and he didn’t know if decorum would prevent them from taking metal from a graveside.

His daughter had suggested it was the goddess Enodia who took them.

“I met her there once,” she had said, her six year old face smiling, but not in a way that allowed him to discern if she was joking.

“She spoke to me, she said:

You’ll find me in the road, above your doorways. In that space between one moment and the next.”

-

Today’s offering was an old tobacco tin, a souvenir of some city probably but scratched so much, it was as if smog had crowded the city, leaving only spires visible and the city unidentifiable.

He realised that the things that his father-in-law had considered part of his world were the same throughout his life, just because the wider world had moved on, his taste hadn’t, and why should it. Perhaps no one’s does after a point. Your reference points are your reference points, your coordinates. How you situate what you see. Your own world is the one you live in after all.

His head began to feel heavy in this position and he opened his eyes and looked at his son, smiled as he realised that the boy was mimicking his posture, looking up at whatever was beyond the sky. He waited for the boy to ask “Is Granddad up there?” but he didn’t, instead he turned towards him with his arms out, in a “pick me up” gesture.

With a smile he walked back to where his son was, scooping him up with elbows bent so as to prevent the rucksack sliding down his arms. Father and son continued on their way to the cemetery, one carrying the other.

Michael Lawton